

LO QUE HACE LA FELICIDAD EN EL HOGAR

Quiero hablaros de un asunto que espero os sea grato.

Hay en el desierto de esta vida un oasis florido y encantador, donde el hombre encuentra consuelo á sus penas, y el corazón un bálsamo que cura las hon- das heridas del dolor.

Todo el que sabe sentir, todo el que no ha extinguido en su pecho los nobles y generosos afectos, comprenderá la dicha y el tesoro que se encuentra en ese lugar: EL HOGAR.

Ah! el HOGAR; cuántos lazos nos ligan á este sitio, cuántos afectos tienden allí como á su centro! La casa en que vivimos, es el santuario hermoso donde se guardan los objetos venerandos que usaron nuestros padres, y donde habitan los seres más queridos de nuestro corazón.

Y sabéis quién es la sacerdotiza de ese templo? Es la mujer que, como las antiguas vestales, cuida de que jamás se extinga allí el sacro fuego del cariño y de los purísimos afectos de el alma. — La mujer, con su trabajo, con su amor, con el cumplimiento de sus deberes domésticos, es quien hace brotar esas flores que hermocean ese vergel encantador, ese oasis delicioso de la vida, que se llama la casa ó el hogar. Las virtudes de la mujer, hacen de ella un ser venerado que debe ocupar un lugar preferente en el santuario del hogar y en el altar del corazón de un hombre. Una mujer sin virtudes, sin amor, sin sensibilidad, sin inteligencia, es un mueble, un macetón de flores, una bella estatua, pero no pasará de allí. Vacío, triste y desolado está en el hogar de la mujer sin fé, sin corazón y sin virtud. Cuerpo árido é inculco es el hogar de la mujer que no es activa, hacendosa, de afable trato y de dulce conversación. Noche sin astros y sin luz es el hogar donde habita una mujer sin inteligencia y sin virtud. No es ese el dulce hogar que forman las delicias.

Feliz hogar el que guarda el tesoro de una mujer de buen corazón, de alma piadosa, de rostro afable, de dulce trato, de amable conversación, y ocupada siempre en los entretenimientos gratos de su casa y de sus tiernos hijos. Ese hogar, esa casa encierra la paz y la felicidad.

En ese hogar no hay maledicencia, no hay odios, no hay riñas, no hay tristezas, y al menos hay resignación, hay fé, hay esperanza; hay un corazón que se compadece de las miserias del pobre.

Todo habla allí al corazón, la

imagen santa que corona el salón, el álbum de los gratos recuerdos, el canto suave que desde la jaula prorrumpe en sus sonoros trinos, y el búcaro de flores que esparce en toda la estancia su suave aroma. Oh, dulce hogar! Oh, mansión de paz, remedo del paraíso de eternas delicias!

Haced, oh, señoras!, que así sea vuestro hogar.

CONSEJOS. — Dad á vuestras hijas una educación sólida, no sólo en la escuela, sino también en la casa.

Dadles experiencia y al mismo tiempo teoría.

Enseñadlas á juzgar santamente todos los asuntos, á desconfiar de su imaginación y á no obrar sin reflexionar.